CAMINO A CASA:

Sofía se volvió a mirarlo. Por un momento dejó de ser transparente y ocupó toda su atención. Como es lógico, él había pensado en algo diferente para este primer contacto. Que la maestra te llame la atención por masticar chicle en clase no es la mejor manera de conocer a alguien. Pero era un comienzo.

La mochila siempre pesaba demasiado y el camino a casa a través de aquella carretera, justo al lado del puesto policial, se hacía eterno bajo el sol de un verano que no acababa de llegar. Sin embargo, parecía que su mente no estaba allí. Le pertenecía a ella. Imaginaba su expresión al mirarlo y el giro de su pelo al volverse de nuevo a la pizarra. Su pelo, su olor, sus ojos, sus manos.

A la mañana siguiente despertó con un inusitado entusiasmo. Hoy era el último día de clase y, aunque a partir de mañana no la vería en el colegio, podrían coincidir en el Parque Central o en el vecindario. Sólo era cuestión de dejarse ver.

Casi con desidia la maestra pasó lista. Los nombres de cada uno eran respondidos por sucesivos y adormilados "presente". Sin embargo, hubo silencio cuando la nombró a ella. Todos miraron a su asiento vacío, pero sólo él sintió pánico.

-Temprano comenzó Sofía las vacaciones -murmuró la profesora-. Lo extraño -añadió mientras rebuscaba entre los papeles de su escritorio- es que no me haya dejado ninguna nota.

-Señorita -interrumpió uno de los niños-, creo que se le ha caído ese papel.

-Esto lo explica -dijo mientras lo leía-. El padre de Sofía adelantó su viaje. Bueno, da igual. Sigamos.

¡Da igual! ¿Da igual?

Aquello fue más de lo que pudo soportar. La vista se le nubló, no podía respirar y un inmenso calor lo sofocaba a la vez que le pareció perder toda la sangre del cuerpo. Se

levantó apoyándose en el pupitre, trastabilló contra una silla y salió del aula dando un portazo.

Tenía que volver a verla.

Corrió y se sintió mejor. El aire, mezclado con el eco de su nombre, zumbaba en sus oídos y un tenue sabor a sangre empapó su paladar. Al final de la calle encontró su casa.

Algunos operarios cargaban cajas y muebles en un camión de mudanzas. Detuvo su carrera frente a la puerta abierta. Se dobló sobre sí mismo e intentó recobrar el aliento antes de preguntar por ella. Uno de los obreros lo apartó molesto. El siguiente reparó algo más en él pero su respuesta fue cualquier cosa menos alentadora. "Lo siento, chico, aquí ya no hay nadie".

Las palabras de aquel hombre lo devolvieron a la realidad. Se sintió estúpido, ahí, de pie, esperando no sabía qué milagro frente a una puerta extraña. Se vio a sí mismo ajeno, vulnerable, confuso.

¿Qué diría mamá si lo viera? Eso no era propio de él, su hijo jamás se habría comportado así. Pero allí estaba.

Decidió huir, correr de nuevo mientras se preguntaba cuándo la volvería a ver, si realmente representó algo para ella, si sería capaz de hablarle la próxima vez.

No supo por qué pero el esfuerzo de la carrera le animó. Aquellas preguntas sombrías dieron lugar, poco a poco, a la esperanza: ningún verano es eterno, volvería a oler su pelo, a verse reflejado en sus ojos, a imaginar el calor de sus manos.

El puesto policial seguía allí, justo a medio camino entre su casa y la escuela.

La mochila, como siempre, pesaba demasiado.

Dos policías, un hombre y una mujer, conversaban junto a un coche blanco.

No era molesto, pero podía sentir cómo a cada zancada aumentaba el bullir de la sangre en su cabeza.

La conversación parecía agradable, a veces la mujer sonreía y se ruborizaba tapándose la boca. Se sintió conectado con ellos de alguna manera. Los comprendía sin saber cómo.

El "clic" en otro momento hubiera sido imperceptible, pero esta vez no.

Un gran impacto, como el golpe de una mano gigante, los arrojó a los tres a varios metros de allí aplastándolos contra el pavimento y contra las paredes de los edificios cercanos.

Después, fuego y metralla.

Miles de cristales estallaron y se multiplicaron coloreados por la sangre, el brillo del sol y los trozos de sus cuerpos.

Todo terminó por caer, la mochila, las ropas, sus miembros... Luego, silencio.

Unas manzanas más allá alguien apagó su móvil, lo abrió y destruyó la tarjeta contra el suelo. Se giró satisfecho y marchó camino a casa.